

La Elegancia.



J. Verdy
Ayuntamiento de Madrid





LE PARISIEN.

Costumes des Ateliers de M. M. Barthe, Schmitt & Piquet, 12, Rue de Choiseul
 Ayuntamiento de Madrid
 Bureaux du Journal, 43, Rue neuve Vivienne
 PARIS.

LONDON, published at the Moniteur de la Mode Office by FEUILLET-DUMUS.
 15 Greek Street Soho Square





(139)

LE MONITEUR DE LA MODE .

Journal du Grand Monde

Parade sous Trileuse de la Maison Popelin & C^{ie} Coiffettes parées des dames, S^t. Laurent et Sain
 Petit Bord de M^{me} Bayvet, fleurs de Mertens, Lorgnette de V. Chevalier, 168. r. Montmartre
 Livre-Banc du Barard de Voyages 14. Boul. Poissonnière
 Bureaux du Journal 43, Rue neuve Vivienne

PARIS .

NEW-YORK, E.B. Strange et Brother

LONDON, at the Moniteur Office F.DUMUS 15 Greek Street Soho.





IMPORTANTE

Hemos resuelto suspender por ahora el regalo del retrato de S. M. el rey á nuestros suscriptores, puesto que no corresponde á nuestros deseos y propósito el que han acabado de dibujarnos en estos días.

La publicacion entre tanto seguirá su marcha ordinaria, publicando retratos litografiados con la mayor maestría por nuestros colaboradores.

MODAS DE SEÑORA.

El *moiré* antiguo es la tela mas de moda en este momento: en vez de ese dibujo confuso imitando gotas de agua con un círculo que se dilataba hasta el infinito, y que constituía el *moiré* moderno, el que aparece nuevamente esta sembrado, como el damasco, de preciosos ramos de flores que se destacan sobre un fondo oscuro. Sobre este tegido, puramente aristocrático, no deben ponerse mas que volantes de punto de Alenzon.

Entre los vaporosos que tanto han realzado la donosura de nuestras bellas madrileñas en el carnaval, citaremos algunos que hemos visto de una elegancia y sencillez notable. Un vestido de tafetan de Italia, color de rosa, cubierto por tres faldas de crespon del mismo color, sesgadas progresivamente á cada lado y adornadas por encima del dobladillo con una cadena de anillos ó agreman de seda: las sobrefaldas de crespon estaban cortadas en disminucion, y la punta del peto muy larga. Las mangas cubiertas de tul, formaban diversos cogidos, y en medio con un nudo de raso de rosa, y por berta tres ordenes de anillos iguales á los de la falda. Otro de crespon blanco con tres volantes picados y pintados con una guirnalda de rosas y de «no me olvides.»—Otro de crespon verdemar, sobre una falda de raso, adornado con una pintura de capullos de rosa, en forma de feston, lo que hacia el efecto de cuatro guirnaldas.—Otro de *moiré* antiguo, rosa de china, con cinco volantes de

Alenzon.—Otro de la misma tela, de un blanco nacarado, con cinco grecas de perlas finas.—Otro de damasco azul Nemours guarnecido con blondas de Inglaterra cogidas á ambos lados con racimos de brillantes.—Otro de tarlatan blanco, con tres faldas festoneadas y con un pequeño fleco de seda blanca: la berta y las mangas estaban igualmente guarnecidas con un feston y un fleco.

Para la salida del baile se usan, ademas de la pellica Ponpadour, de la Tunecina, y del albornoz Taitiano, muchos sobretodos de raso de diferentes colores y hechuras, segun la edad y el gusto de la que le lleva.

El lujo en la bisutería se ha estendido hasta á los guantes, así es que para las grandes *soires* muchas señoras llevan en cada uno de ellos un adorno de cinco botones esmaltados de azul, verde ó rosa, enriquecido con menudas hojas de parra ó una cruz de brillantes: por lo regular el color de los botones es igual al del vestido. Los brazaletes de anillos de brillantes ó rubíes, son de una elegancia poco comunes. Los medallones esmaltados rosa ó azul, son de forma oval y plana; sobre el esmalte azul se pone una cruz de esmeraldas, y sobre el otro una de brillantes. Los guantes de baile tienen un pequeño bordado á mosquetado.

Los peinados han sufrido alguna variacion; vuelven á verse bastantes figurando lazos, ó trenzados con un hilo de perlas. Los rizos á la *duquesa* están en perfecta armonía con los casquetes que son algun tanto elevados sobre la cabeza: las bandas un poco combadas sientan muy bien con las coronas de flores. Los peines de moda, enriquecidos con preciosos camafeos ó piedras preciosas, se ponen bastante altos y en medio de la cabeza.

PIEDRAS PRECIOSAS.

ESMERALDA.

Entre las piedras preciosas se distingue la esmeralda por su hermoso color verde, el mas agradable á la vista de cuantos nos presenta la naturaleza: es una piedra diáfana, y su color tan puro,

que no participa nada de azul como el agua marina, ni del amarillo del topacio. Es mas blanda que el rubí, y por eso tiene el tercer lugar entre las piedras preciosas. Tambien Plinio la coloca en este mismo grado, atendiendo á su dureza y brillo. Tiene la esclencia de recrear y aclarar la vista, aunque esté deslumbrada y turbia, y por ella se puede ver á mayor distancia, porque su color rechaza el aire inmediato, y no se altera ni con la luz del sol ni con la sombra, admitiendo fácilmente y á proporcion de su género, los rayos visuales por su transparencia.

El célebre naturalista Plinio describe doce clases de esmeraldas. Las *escíticas* aventajan á todas por su dureza y perfeccion: á estas siguen las *bactinias*, que se crían entre las grietas de las rocas. Las *egipcias* se encuentran junto á Copton, en la Tebaida, y presentan su superficie como húmeda y grasienta. Las demás clases se hallan en las minas de cobre; distingúense de las de primera clase segun su dureza, color y diafanidad, tomando el nombre de los lugares en donde se crían. Las *etiópicas* son de un verde subido pero poco uniforme y puro. Las *pérsicas* no son de escasa transparencia y aunque brillan bastante á la sombra, espuestas á los rayos del sol pierden enteramente su color. Las *médias* son muy verdes, y su cristalización afecta á veces formas muy caprichosas. Las *árticas*, que se encuentran generalmente en las minas de plata, á distancia parecen mas hermosas, y con el tiempo pierden el color verde. Las *caledonias* son de un color inconstante y atornasolado, como las plumas de la cola del pavo real. Tambien se conocen otras con los nombres de *laco-rias*, muy semejantes á las *médias*, y de las *sicilianas*. La *chlacosmargacus* se halla en Chipre, y tiene algunas venas de cobre que interrumpen su verde. La de Tanos se encuentra en Persia, de un verde sucio y feo. La esmeralda llamada *colam*, servia á los árabes para adornar los edificios. En este siglo no somos tan hábiles en el conocimiento de las piedras preciosas, como en tiempo de Plinio, pues apenas encontramos algunos que sepan distinguir todas estas clases.

Las esmeraldas que en el día se conocen son de dos generos: unas orientales y otras occidentales. Las orientales son muy duras, de un verde hermoso, sin perder nada de su color á la luz del sol, ni á la sombra. Como son puras y transparentes deben colocarse en la primera clase. Aunque las traen todas de las Indias orientales se ignora el parage donde se crían. Algunos creen que la esmeralda se forma en el jaspe, que se encuentran en ciertas rocas y vetas metálicas, tan engastadas, que mas bien parece obra del arte que de la naturaleza. Si estas esmeraldas están manchadas, nebulosas y opacas, pierden mucho de su bondad, y solo espuestas al sol conservan el color verde.

Las occidentales se dividen en dos clases: de América y de Europa. En el Perú se crían algunas de un verde hermoso, pero no tienen la mayor estimacion, porque les falta brillo, cualidad esencia de las piedras preciosas; están llenas de manchas, son en extremo abundantes y no tan duras como las orientales: todas estas causas rebajan infinito su merito. Las esmeraldas del Brasil son bastante grandes y quizá tan duras como el cristal de roca; pero su verde es oscuro, y aunque raras, son poco estimadas. Las de Europa se hallan en Chipre, en Bretaña y en alguna otra parte; regularmente tienen la misma dureza y hermosura que las orientales, y son en extremo pequeñas; algunos refieren haberlas visto como la palma de la mano.

La matriz ó corteza de la esmeralda, que es aquella que la encierra en el criadero, confundida por algunos con el jaspe verde, porque es mas duro que la esmeralda misma, es el *crisoposo* de los antiguos, compuesto de partes transparentes y otras opacas, atravesado á veces por pequeñas venas azules, blancas y negras. Esta especie de piedras no se labra nunca en facetas y solo sirve para fabricar camafeos y otras fruslerías—M. M.

Recuerdos históricos.

(Conclusion.)

Recibíole Don Pedro con agrado, y despues de una corta conferencia tornose el arzobispo á su castillo.... Pasáronse pocos dias: era el de San Pedro, y hallábase el rey en la catedral sentado en elevada tribuna cerca del altar mayor. Los oficios divinos iban á empezar. Los sonidos de la música sagrada se hacian sentir y las plegarias del pueblo y de los sacerdotes subian al cielo envueltas con nubes de incienso. En el mismo instante en una de las puertas de la ciudad estaban veinte hombres de armas capitaneados por dos caballeros con la visera calada; sus nombres eran Fernan Perez Turrichao y Alfonso de Gallinato. Largo tiempo hacia que esperaban, cuando una nube de polvo que por el camino se acercaba con presteza, vino á contener algun tanto la impaciencia que se apoderara de los guerreros: bien pronto descubrieron á Don Suero, que acompañado del dean Pedro Alvarez y de sus doscientos guardas, venia á cumplimentar al rey en la festividad de su Santo. De repente se trabó un encarnizado combate, tanto mas terrible cuanto menos esperado entre los guerreros de Fernan Perez y los del arzobispo. Este, apenas empeñada la refriega, hirió con el acicate el costado de su caballo, y á toda brida huyó hacia la catedral, y al tocar las puertas del templo donde pensaba refugiarse, Fernan, que de cerca le seguia, arrojole su lanza que le atravesó de parte á parte. A este tiempo llegaba al mismo sitio Alfonso de Gallinato, que con su maza de armas acometiera al dean, el cual, así como Don Suero, intentaba acogerse al sagrado de la iglesia, y ya dentro de ella recibió un golpe en la cabeza que le dejó sin vida. Varios sirvientes de la catedral y otras personas acudieron en socorro de los acometidos y los condujeron ya muer-

tos al altar mayor, cerca del que estaba el rey como arriba dijimos. Fernan Perez hablaba ya tranquilamente con S. A.; mas Gallinato, aun no satisfecho su furor, repetia mil golpes sobre el destrozado cadáver del dean. El pueblo, absorto, guardaba el mas profundo silencio, y el rey miraba con la mas fria indiferencia aquel sangriento espectáculo, sonriéndose con sus cortesanos: hizo llamar á un arcediano, que á la sazón presidia el coro, y con tono festivo le dijo: «nuestro buen vasallo el arzobispo nos prometiera celebrar hoy de pontifical en honor de nuestro Santo Patrono; mas ya que no le es dable cumplir su palabra, os estimaria lo hiciérais por él.» Bien pronto se obedecieron las órdenes del terrible monarca, y en el mismo altar salpicado con la sangre de las víctimas aun palpitantes, ofreciose el sacrificio incruento á un Dios de paz y de misericordia.

EPILOGO.

El dia que sucedió á la terrible noche en que fué violada Doña Mayor, desapareció esta del castillo de su padre el anciano Pedro Turrichao; el cual creyendo que su hija fuera robada por algun amante atrevido, y suponiendo que el rapto lo protegiera la esclava mora, por haber encontrado en sus arcas considerable cantidad de oro, hizo ponerla en el tormento, donde confesó que el dean y su tío el arzobispo la sobornaran para dar á la inocente María el fatal brebaje que la entregó inermes á sus infames seductores.

En la tarde del mismo dia fué la esclava quemada viva en el gran patio del castillo, y D. Pedro Turrichao recibió la noticia de que su desdichada hija habia corrido á ocultar su dolor y su vergüenza en el monasterio de San Pelayo, donde habiendo tomado el velo sobrevivió poco tiempo á su desgracia. Informado el rey en Sevilla de tan inaudito crimen, dispuso se formase un proceso secreto en averiguacion del caso, y justificado plenamente, quiso que los ofendidos tomasen por sí mismos la venganza á satisfaccion suya. Poco despues perdió D. Pedro la corona y la vida en los campos de Mon-

tiel, y los Turrichaos, sus ardientes defensores, perseguidos por el usurpador, hubieron de abandonar el país de sus padres y refugiarse en Portugal donde tenían muchos deudos y amigos: sus tierras fueron confiscadas por diez generaciones en favor de la mitra de Santiago (que actualmente los posee;) sus castillos arrasados, y se les obligó á dejar el noble apellido de Turrichao. Desde entonces adoptaron el de Suarez-Deza, que era el de la madre de Fernan Perez, y que aun llevan hoy sus descendientes.

Cuando el viajero atraviesa el camino que pasa cerca de la pequeña aldea de la Rocha, descubre dos eminencias, sobre las que en otro tiempo se alzaban al cielo las soberbias torres de los castillos de Turrichao y del arzobispo. Uno y otro no son ya mas que montones de ruinas, y el tiempo no tardará en borrar aquel recuerdo que resta de una familia respetable, de un delito tan horrible, y de venganza tan espantosa.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDOS.

A MI AMABLE TIO

D. JOSE PEREIRA Y GARZA (1).

¡América!... me la pone muy lejos mi destino para poder abrazar vuestras rodillas; en cambio os remito, mi querido tio, la adjunta poesía: mi corazón os habla en ella; la guardaba para que fuese la primera página de mis manuscritos, pero no sé si morirán conmigo. Al menos así ya no muero del todo; algo me queda en la tierra que recuerde á mi adorado protector mi entrañable ternura y mi eterna gratitud.

No te duela, señor, porque mi llanto
Bañe las cuerdas de mi tosca lira.
Que siempre es dulce del poeta el canto
Cuando el amor y gratitud lo inspira;
Tal vez enternecido en el quebranto
Del infeliz que en soledad suspira

(1) A ruego de nuestra apreciable colaboradora doña Carolina Coronado, insertamos hoy esta composición.

Estiendas una mano protectora
Y benigno consuélame al que llora.

¡Ay! ¿cómo no llorar cuando no alcanza
El alma tu bondad á agradecerte?
En vano á conquistar gloria se lanza
Si gime encadenada por mi suerte;
Solo resta á mi vida una esperanza,
Una sola, señor, enternecerte
Derramando en tus manos paternales
Lágrimas de estos ojos á raudales.

A separarme de mi dulce suelo
Moviome un día mi azarosa estrella,
Y llevé mis pesares por consuelo
Y de celeste lumbre una centella;
Pero, en vano conté mi pena y duelo
Que no oyeron los hombres mi querrela
Y hallé en cambio de amigos y de hermanos
Astutos y engañosos cortesanos.

Otra virtud no he visto en torno mio
Que el sordido interés y la codicia,
Medrando del tirano el poderío
A merced de la estafa y la injusticia;
La bondad padeciendo en el desvío,
Viviendo entre placeres la malicia,
Al sábio perseguido y desdeñado
Y al necio de laureles coronado.

¿Qué esperar de su angélica pureza,
Un alma á las maldades no avezada?
¡Pobreza nada mas, señor, pobreza
Del mundo envilecido despreciada!
En tal dolor mi juvenil cabeza
Sucumbiera, tal vez, desesperada,
Si no alumbrases cual brillante faro
Mi triste soledad, mi desamparo.

Después que dura fatiga
Ciencia hermosa me costó
La traidora me pagó
Con tornárseme enemiga;
Pues tan solo para ver
Mas agudo mi tormento
Alumbró mi pensamiento
Con la antorcha del saber.

Inflamado en tanto fuego
Pedí á Minerva un laurel
Y oro me exigió por él
En respuesta de mi ruego.

Mi destino era fatal
Y vana mi diligencia,
Sin mas *caudal* que mi *ciencia*
Fuera malo mi *caudal*.

Por eso á tu proteccion
Debo, señor, mis honores;
De tus constantes favores
Hijos mis méritos son.

Si no, baja mi memoria
Conmigo á la tumba fria;
Eternizarán tu historia
Las desdichas de la mia.

Palabras el pecho no halla
Para espresar su emocion;
Que un sensible corazon
Cuanto mas siente mas calla.

Perdon, señor, si te ofendo
Tus bondades publicando;
Mas te ofendiera callando
Que tus bondades diciendo.

Estimable galardón
Un pobre no te ha dar;
Pero tienes un altar
En mi ardiente corazon!

JOSÉ MARÍA POSADA.

LOS BAÑOS DE WIESBADE

O EL 25 DE JUNIO.

Las mesas de la fonda de Wiesbade se iban desocupando poco á poco, y los concurrentes que se hallaban reunidos invadian las sillas y los vanos colocados delante del Kursal. El Kursal es un hermoso edificio, donde todos los dias se puede comer, perder el dinero á la ruleta, y creo que dos veces á la semana bailar con arreglo á la órden del ducado de Nassau y sus alrededores.

Decir que era un domingo, es decir que el lindo y pintoresco jardin que se estiende desde el Kursal hasta las tristes ruinas de Sonnembery, castillo de aquel Adolfo que fué emperador y que pagó con su vida el honor de mandar el globo algunos dias, vomitaba por cada una de sus sombrías y deliciosas alamedas multitud de paseantes,

que hormigueaban acá y allá formando grupos mas ó menos voluminosos. No solamente los wiesbadeses y bañistas, buscaban allí un *farriente* dulcemente agitado, sino que tambien todos los ociosos de las pequeñas aldeas circunvecinas de Majencia y de Francfort habian venido, segun costumbre de aquel país, á fumar en largas pipas el *kanaster* embalsamado y á oir la música que ejecutaba una brillante orquesta. Aglomeracion prodijiosa que sobre el espacio de algunas toesas de aquel suelo germánico reputado tan feudal, viene á reunir mas de un millon de individuos de todos rangos y profesiones, viviendo juntos en una misma calma y gozando de los mismos placeres; allí todos, lo mismo altezas que excelencias, el aventurero de la ruleta que el de la treinta y una, están bajo el nivel de la mas perfecta igualdad, y en tal reciprocidad de conveniencias y respetos, que no habia ninguna buena fé tudesca, tan lejana de nuestras costumbres, que sin adulacion ni servilismo no diera concienzudamente á cada uno la calificacion social que le es debida; el observador de mas penetracion no podria distinguir en aquella segunda Babilonia, á un príncipe de un artesano.

Aquel hombre jóven, aunque de maneras distinguidas, que enciende amigablemente su cigarro en la pipa de su vecino, honrado zapatero de Wiesbade, que por ser dia festivo lleva el frac negro, es el príncipe Emilio de Hesse-Darmstad, á quien Napoleon en la jornada de Lutzen proclamara marqués de Brandebourg, título que no le fué confirmado en Leipsik. Aquel otro que busca en las combinaciones de la ruleta las indemnizaciones al trono de Constantinopla. ocupado por uno de sus antepasados y que se distingue á la vez por su afabilidad, es el príncipe Cantazeceno, griego de nacion y ruso por sus servicios militares.

Mas allá se ve una dama, que merced á la habilidad de una graciosa modista, acaba de encontrar un medio de colocar de un modo disimulado su enorme grosura, es sin embargo la mujer del gobernador de Majencia, hermana del rey de los belgas.

Hé aquí lo que he visto en Wiesbade, y lo que á pesar de nuestras pretensiones á una quimérica igualdad, no se encontrará seguramente en España; allí existe tal amalgama sin resentirse notablemente la vanidad de los unos y sin escitar la irritación envidiosa de los otros.

Sentado en una pequeña mesa con una taza de café delante y saboreando mi cigarro, me divertía con el variado espectáculo que presentaba aquel espacioso paseo. Multitud de jóvenes á caballo y de elegantes carretelas llenas de niñas ataviadas cruzaban en todas direcciones formando vistosos grupos. Aquí se veía un honrado menestral que arrellanado patriarcalmente en medio de su familia presidía una opípara merendona; allí se descubría un corro de alcides ejecutando equilibrios; en este lado había un hombre que de pie sobre una mesa, haciendo juegos de manos y otras mil pantomimas, pues para esto de pantomimas nadie como los alemanes, tenía con la boca abierta á un numeroso auditorio; mas allá se veía el moro ofreciendo el rico dátíl berberisco chorreando miel, á la bella pareja que se había escañado en amorosa plática por el umbrío bosquecillo, y por todas partes, en fin, habían alegres y bulliciosos correos de altezanos y altezanas ejecutando danzas voluptuosas, al son de rústicos instrumentos que me recordaban las fiestas de la antigua Roma. Cansado de todo aquel movimiento aparté la vista y al ir á beberme el café advertí que un extranjero se había colocado en la misma mesa que yo estaba. Aunque naturalmente soy poco afecto á los conocimientos improvisados, sentí hácia el desconocido una simpatía súbita; sus ojos eran azules, pero no tenían nada de insípidos; sobre su ancha frente donde el dolor parecía haber labrado mas arrugas que la edad, rodaban en bucles, escasos cabellos rubios, á los que se mezclaban algunos mechones blancos; sus modales demostraban una educación distinguida, y la pureza con que hablaba el español y el alemán impedía decidir desde luego á cuál de las dos naciones pertenecía.

No sé muy bien cómo tuvo principio entre nos-

otros la conversacion; únicamente recuerdo que giró poco sobre los derechos de señorios, y que bien pronto examinamos el estado político de Alemania, su literatura y costumbres. No dejó de sorprenderme la exactitud de las observaciones del desconocido; y al pasar de la política á las tradiciones populares, habló con una poesía que recordándome á Schiller en sus baladas aumentó mi admiración: tan raro es encontrar un hombre que sepa esplicarse de una manera tan notable sobre cosas positivas, sobre cosas cuyos encantos nacen de una imaginación meditada y mística.....

De las tradiciones pasamos á las ruinas que la Alemania conserva con tantos cuidados, y como anunciase mi proyecto de visitar las que hay á las orillas del Rhin, mi nuevo amigo me suplicó no lo olvidara; díjome se llamaba el conde de R.*** y que habitaba durante el estío el antiguo castillo B*** situado no lejos de Ruds desheim. Le di las gracias por su amable invitación y le prometí tenerla presente; pero no obstante de esto me obligó á precisar la época de mi visita.

—Bien caballero, le dije; el 25 de este mes si gustais; porque para entonces habré concluido mi estación de baños, y.....

—El 25 y estamos en el mes de julio!..... exclamó el conde cuya fisonomía se había alterado notablemente; sí, sí, venid el 25...

—Sin embargo, repliqué, puedo diferirlo á otro día....

—No, venid el 25; os lo suplico..... mi súbita emoción debe pareceros extraña, pero la disculpareis cuando sepais la causa de ella....

Y habiéndome hecho prometer que iría el día convenido, se separó de mí para volver á su castillo.

Grandes dudas tuve al ponerme el día 25 en camino: el dolor que el conde había mostrado al recordar aquella época me hacía temer ser importuno, y cuando las pisadas de mi caballo resonaron sordamente bajo las góticas bóvedas del castillo estuve á punto de volver la brida, pero ya era tarde; un criado vino á tenerme el caballo, y después de haberlo confiado á un palafranco, me

introdujo en un vasto salon alumbrado por ojivas ventanas de pintados cristales y entapizado con ricas alfombras. En una biblioteca contigua á esta pieza, encontré al conde; me recibió con suma amabilidad, y sea que su rostro llevase en sí la espresion de un gran sufrimiento moral, me pareció menos alterado que en Wiesbade.

Tuve un verdadero placer en recorrer su castillo, porque esta visita domiciliaria no fué tan monotoná como lo son generalmente en España, donde el propietario os pasea por todo el edificio para enseñaros habitaciones mejor ó peor adornadas, pero que nada tienen de particular.

En casa del conde todo era notable: cualquiera de sus piezas adornadas con sus muebles góticos, ofrecia un interés, por decirlo así, histórico; y si las habitaciones tenían ventanas cayendo sobre el Rhin, cuyas corrientes rodaban majestuosamente al pie de las torres, no podia uno menos de quedar lleno de admiracion.

A la una del dia un lacayo vino á interrumpirnos, anunciando la comida. En el comedor encontré á un primo del conde; el baron Aldalbert; me pareció bastante insignificante; sin embargo, fué el único que sostuvo la conversacion recitando antiguas leyendas con bastante gracia y naturalidad, y como estas historias estaban tan de acuerdo con la forma ovalada de las ventanas, con las molduras doradas de las bóvedas y con los paisajes historicos que habia pintados en los cristales, me parecia oír á uno de los sábios antiguos de la Alemania.

Despues de la comida, el baron de Adalbert se retiró y nosotros volvimos á la biblioteca. El conde me mostró algunas ediciones raras y manuscritos con viñetas admirables; despues acercóse á mí y me dijo repentinamente:—La turbacion que he dejado entrever siempre que habeis hablado del 25 de julio, ha debido pareceros estraña; voy á deciros la causa de ella.... y puede ser que vuestros ojos broten lágrimas como los míos....

Y sentándose en un magnífico sillón cubierto de terciopelo continuó:

—Hace quince años que era jóven, contaba entonces veinte y cinco abríles, mi cabeza estaba

llena de ideas poéticas; quise ver en detall las antiguas ruinas de mi patria y recoger las tradiciones que animan aun todas aquellas creencias fantásticas que los pueblos se imaginaron en su infancia.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

PRINCIPE. Hemos asistido á las representaciones del *Alcalde de Zalamea* y de *El que menos corre vuela*. La primera, como todas las del teatro antiguo que se han puesto ahora en escena, es una hermosa comedia, tiene un carácter, el del Alcalde, que entusiasmará siempre; pero como el público que acude á estas funciones, es en general bastante ilustrado y las ha leído de antemano, queda descontento porque la egecucion no llena jamás la idea ya formada. La egecucion, á la verdad, ni fué ni podia ser brillante, pues que todas las partes eran de segundo orden, fuera de los señores Latorre y Guzman. Del primero, nada diremos, porque tanto vale y es conocido desde largo tiempo, á pesar de dejarnos disgustados al comprender que ejecutaba su papel con frialdad. Casi otro tanto sucedia á Guzman, aunque la causa principal de no haber promovido risa alguna en los espectadores, lo atribuimos mas bien á que ya no gustan los graciosos de Calderon y Moreto, personajes que se producen siempre de un modo muy inverosímil.

En la comedia de los señores Doncel y Valladares. *El que menos corre vuela*, hay un condestable y un duque que aspiran á ser ministros hasta promoviendo una asonada por sus partidarios para que su proclamacion obligue al rey don Juan á elevarlos á aquel puesto. Con el objeto de dirigir cada uno su intriga y estar al corriente de los obstáculos, hace el amor á la hermana del otro: mas un tercero llamado Eguia, de quien se hallaba enamorada una dama de palacio jóven, es al fin quien los destruye, sin aceptar por eso otro cargo que el de secretario privado del rey.

Como todas las composiciones que ponen en descubierto las flaquezas de los palaciegos haciéndoles cargar de vez en cuando con una ridiculidad, aunque sea exagerada, tuvo buen éxito. Los autores fueron llamados á las tablas, y el público se retiró complacido. La egecucion fué buena, y aun creemos que los señores Romea y Matilde Díez, salvaron de un murmullo por lo menos, algunos trozos de diálogo.

Aconsejamos de nuevo y de la mejor buena fé, á la empresa, que suprima de una vez para siempre los *divertidos sainetes*, que como los *abates tocos* y otros parecidos, rebajan mucho la importancia y afición al teatro. Solo pueden pasar actualmente estas farsas ridiculas, sin desagrado, á los ojos del público de Nochebuena, despues de un comedion de igual género.

CRUZ. El espectáculo nuevo, que ha ofrecido este teatro ha sido *El sacristan de San Lorenzo*, opera cómica, que parodia la celebre partitura de Domizetti *Lucia de Lamermor*. Ha gustado mucho no obstante la creencia de que despues de la *Venganza de Alifonso*, no causaria grande impresion en el público cualquiera otra produccion de su género. Sin embargo la vida de este nuevo espectáculo ha de ser muy corta. Las ideas actuales, los sentimientos, el gusto, y aun el carácter de la sociedad presente, rechazan un pasatiempo esteril como este, con tanta mas razon cuanto que las dos parodias egecutadas lo son de obras bellisimas que entusiasmarán por mucho tiempo á los *dilletantis*.

Ignoramos el trabajo que al autor habrá costado el disponer estas parodias, pues que la música difiere bien poco de la de las óperas parodiadas; sin embargo parece que con él ha conquistado una corona: poco envidiable nos parece cuando sus hojas no tienen la frescura de nuevas, ni el vigor y grandeza de haber crecido en un árbol ya conocido hasta un grado superior al general de su especie.

CIRCO *La mutta di Portici*, ópera de Auber; ya muy conocida entre los entusiastas por la música, ha sido puesta en escena hace pocos dias, con la favorable circunstancia de estar encomendada la parte de la *Muda* á la Guy-Stephan. El primer dia parece que no produjo una grande impresion, mas en los sucesivos ha ido consiguiendo mayor éxito.

CARNAVAL.

BAILES.

Todos han sido animados, y suntuosos relativamente á su importancia. Los particulares dados en palacio, en casa de la condesa de M... y otros, han deslumbro por su magnificencia, por la riqueza de los trages y por la finura de todos los concurrentes: han dejado una memoria dulce en las personas que gozan del privilegio de asistir á ellos.

Los bailes públicos han sido muchos menos que en tiempos pasados. en que el principe, La Cruz,

Cervantes, Vensano, Michel, y otros ofrecian salones de todas las categorias á la gente bulliciosa.

En este último Carnaval solo han quedado los salones de Villahermosa, los medios salones del Instituto y Genio, y la sala de la Carrera de san Francisco, bajo el nombre de Aurora, sin duda como indicio de que empieza á existir, para que las jóvenes y los galanes se asedien y acerquen sin conocerse, y para que los papás y los indiferentes, duerman y paseen al compás de la orquesta.

Los mejores bailes de estos, han sido los de Villahermosa, y muy particularmente el primero, misto de público y de por convite. Mas como ser el mejor en esta materia no significa ser el mas divertido, se quejaron algunos de ciertos sintomas de frialdad. Los dos siguientes por el contrario fueron billiciosos y casi desordenados, en el sentido aceptable de esta voz; la clase media estaba en minoría, la siguiente hácia abajo, que llamaremos estudiantina, formaba una mayoría compacta; las bellas eran en su mayor número de las que pueden transmigrar de caballero en caballero impunemente, sin escitar celos por parte de los abandonados. Algunas escepciones sirvieron para charlar y entretener graciosamente á los interpe-lados, las horribles horas del baile, que dicho sea de paso son muchas; con solo terminar la fiesta á las cuatro, ni la afición podria entibiarse, ni asistiria la plaga de bellezas venales que infestaba el local.

El aparato y adorno de Villahermosa, era magnífico; el ambigú abundante pero carisimo; la orquesta buena, pero muy inferior á la del año pasado.

El Instituto empezó con camorra; empezó por lo último, por lo que deberia dejar el hombre para despues de su muerte; pero gracias á la empresa, en los bailes siguientes, hubo paz, aunque no sabemos si con orden y justicia, porque el sexo hermoso ni quiere lo uno, ni tiene lo otro.

La Aurora metida en un entresuelo tenia á su vez unos violines de los mejores almacenes accesorios; pasó como estornudo, sin que nadie parase mientes, y vino á morir al impulso de la verdad de su nombre, para que aprenda que «el que de ageno se viste, en la calle le desnudan.»